

De cabecita

Colombia gol. De Pedernera a Maturana. Grandes momentos del fútbol

Andrés Dávila, José Arteaga, Juan Gonzalo Zapata (autores/compiladores)
Cerec, Bogotá, 1991, 188 págs.

El fútbol, para no hablar, por más castizo que sea, del odioso "balompié", es una de las pasiones secretas de los intelectuales. No en vano Albert Camus escribió: "Lo que más sé acerca de la moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol".

El libro que tenemos entre manos cumplió con una función que no debe pasar inadvertida. Destruyó el monopolio que sobre el tema posee un gremio que —con una o dos excepciones— ha conseguido consolidar entre el hombre medio colombiano un sólido prestigio de sabiduría, penetración y lucidez críticas, con tan nefastas consecuencias como el patriótico y vulgar autoelogio que esconde en el fondo un gran complejo de inferioridad ("el mejor arquero del mundo, etc., etc.") y, lo que es peor, probablemente fue una de las causas —nunca una causa es única— del asesinato de un árbitro.

Ciertamente, no hay por donde atacar en *Colombia gol* ni la calidad de sus textos ni la competencia de sus autores, no egresados de escuelas radiales de educación a distancia, sino profesionales de los más destacados en el país en cada una de sus especialidades, quienes han enfrentado más de un reto en otros campos, como el politólogo Andrés Dávila, autor del más importante libro sobre clientelismo que se haya publicado en el país y quien hace afirmaciones inusuales en un redactor deportivo como la de que al Millonarios de la época del Dorado "le reprochan el haber cumplido el papel de circo mientras el país atravesaba uno de los períodos más críticos de la violencia".

A esto cabe añadir dos virtudes —o defectos, si se quiere— que esquivan el frío catálogo científico: los autores son fanáticos, hinchas furibundos, con todas las consecuencias que ello tiene,

y aunque no pierden nunca un fondo de objetividad, sí dejan un testimonio vivo de amor visceral, acaso inexplicable para la simple razón, a una divisa o a determinado equipo. A veces la pasión los obnubila, destruyendo toda pretensión crítica, como cuando cierran toda controversia tachando de "retorcidos comentarios" todo lo que se diga en contra del "proceso Maturana". Pero no importa. De eso se trata. El fútbol, a Dios gracias, no es una ciencia; dentro de él todo precepto es indemostrable; todo lo que se diga es pura especulación que se destruye a menudo en el último minuto de un partido o de un campeonato.



Su otra virtud capital es la constante apelación a la nostalgia, que en Colombia, país dedicado al ejercicio metódico del olvido, no deja de inaugurar una tradición histórica. "Es un libro pensado y escrito con la misión de recuperar las raíces de este deporte en Colombia...". Y es que *Colombia gol* es, de muy lejos, el mejor libro sobre fútbol jamás escrito en el país, el más ilustrado, no en fotografías sino en erudición deportiva y análisis serio y fundamentado. Además, el texto no es avaro; antes bien, la prolijidad es su distintivo, pues nunca se escatima el papel y, si bien son sólo 188 páginas, están ellas tan atiborradas, tan apartadas de esa tacañería a la que nos tienen acostumbrados los editores, que no hay más que aplaudir. Se ve de inmediato que el libro no dice más porque no les dieron más espacio. Y aplaudo también porque

seguí, escéptico, su elaboración. Y si alguna vez me acerqué a tan ambicioso proyecto, la verdad es que nunca creí verdaderamente en él.

Desde mi punto de vista, por supuesto viciado, como el de todos los demás, sólo apunto una falla entre tanto acierto: la cubierta, que, si bien fue diseñada por la mano experta de Miguel Felipe Camacho, no da a conocer el verdadero alcance de su contenido al probable lector, quien cree que se trata de un resumen del mundial Italia 90.

El libro se divide en cuatro grandes partes: grandes equipos, personajes, hechos insólitos y escritos de fútbol... Por grandes equipos cabe decir, para comenzar, Millonarios, el "ballet azul" del Dorado. "Ciertamente, esos malabaristas no entrenaban, no se cuidaban y jugaban borrachos y trasnochados. Tales actos cabría denunciarlos si hubieran defraudado. Pero luego de lo que demostraron apenas se puede decir que fueron la bohemia y la poesía del fútbol. Y eso siempre ha sido respetable".

Gonzalo de Francisco, un politólogo que dedica el resto de su tiempo a la Consejería para la Paz y a concertar desarmes guerrilleros, analiza a continuación la etapa grande del Deportivo Cali, que cubre unos quince años, desde don Pancho Villegas hasta Carlos Bilardo, el verdadero despegue internacional del fútbol colombiano.

Mauricio Jiménez, otro politólogo, sigue la trayectoria del América del doctor Ochoa Uribe, equipo tres veces seguidas subcampeón en la Copa Libertadores de América. Se cierra la sesión con una reseña de lo que ha sido el Atlético Nacional de Medellín a partir de la llegada de Oswaldo Zubeldía, un controvertido mago del fútbol, y la culminación del proceso con el profesor Maturana y su obtención de una primera Copa Libertadores para Medellín y para el país.

El conocido comentarista musical Eduardo Arias escribe luego con el corazón una sentida y lírica "alabanza-elegía" de lo que ha sido la Selección Colombia para los colombianos, una mezcla de penas y esperanzas, con notable predominio, hasta hace unos pocos años, de las primeras. No por ello el artículo es menos lúcido, por-

que "eso ha sido el fútbol en Colombia. Una búsqueda permanente y errática de la identidad". Prácticamente divide en dos la historia de nuestro fútbol: antes y después de Marroquín y de una ya legendaria selección juvenil que en 1985 encandelilló a propios y extraños.



La sección dedicada a los grandes personajes del fútbol, a cargo de José Arteaga, columnista de El Espectador, experto en asuntos futboleros y musicales (entre ellos un libro sobre Lucho Bermúdez), comprende una lista muy difícil de realizar, pero que finalmente incluye a Adolfo Pedernera ("yo diría —comenta Julio Tocker— que Pedernera era en fútbol lo que Borges en la literatura o Stokowsky con la batuta en la mano"), a Valeriano López, célebre integrante del "rodillo negro" de peruanos del Deportivo Cali en la época del Dorado; al "Charro" Moreno, no menos célebre integrante de "la máquina" de hacer goles de la selección Argentina y del Medellín; al "Turrón" Álvarez, primer delantero colombiano de categoría; al "Cobo" Zuluaga, único colombiano dentro del inolvidable "ballet azul"; al "Caimán" Sánchez, leyenda del arco y primer futbolista en salir a jugar al exterior; a don Jorge Orth, húngaro, mecenas y benefactor de nuestro fútbol; al célebre "Maravilla" Gamboa; al goleador Jorge Gallego, el colombiano que más goles ha anotado en todos los tiempos; a "la Bruja" Verón, un malabarista capaz de sacar campeón, como técnico y jugador al mismo tiempo, a un equi-

po chico; a Oswaldo Zubeldía, "el gurú del antifútbol", experto en mañas y artimañas para derrotar al adversario, y, desde luego, a Willington Ortiz, el mejor jugador colombiano de todos los tiempos, integrante del recordado trío BOM, Brand, Ortiz y Morón: "Eran como el Triángulo de las Bermudas: desaparecían el balón".

Los insólitos, a cargo del economista Juan Gonzalo Zapata, hincha eternamente resignado del Deportivo Independiente Medellín, son en verdad gratos para cualquier desprevenido lector de ficción o de aventuras. Van desde un episodio sencillamente grotesco, cuando un árbitro validó un gol que ni siquiera pasó cerca del arco y, mientras la tribuna se negaba a aceptar el tanto a su favor, un jugador desvergonzado recorrió toda la cancha celebrándolo a voz en cuello, hasta el gesto de un verdadero lord inglés, Omar Lorenzo Devanni, quien tiró lejos un *penalty* que se había otorgado injustamente a favor de su equipo. "Ese día, a no dudarlo, Santa Fe ganó, Devanni ganó, el fútbol ganó". No se por qué al leer ese episodio sentí que hubiera regocijado a Borges, quien, por cierto, abominaba el fútbol mas no los actos valerosos. No menos atinado es el colofón de los autores: "Si la actitud de Devanni se hubiera efectuado en la época actual, de pronto hasta lo hubieran multado".

Recordamos también cuando el "Pelé blanco", Dragoslav Sekularak, simplemente se aburrió "porque sus compañeros eran muy malos y no le pasaban el balón" y procedió a auto-expulsarse de la cancha. Nos cuentan además de la célebre "maldición de Garabato", que una vez rota por el América le significó una ininterrumpida serie de victorias que hoy aún no ha terminado, o los dos goles olímpicos en un solo partido, récord inigualado. Otro que poco se olvida es el episodio de Rufino, un árbitro brasileño que estuvo a punto de ser linchado por los fanáticos bogotanos por haber anulado un gol legítimo a Millonarios, o la tarjeta roja a Pelé que significó la "expulsión" del árbitro ante el argumento irrefutable de que el público había pagado para ver jugar a Pelé y para nada más. El anecdotario del libro nos recuerda también cómo el

Millonarios del Dorado tenía como norma de buen comportamiento no humillar a sus rivales y, por lo tanto, se negaba a marcar más de cinco goles por partido.

La verdad es que los textos serios sobre fútbol no proliferan en ninguna parte del mundo. Aparte del ya citado de Camus, o de algún poema de Miguel Hernández, hay uno muy grato de Jean Giraudoux en el que exalta a la pelota como "el objeto que más fácilmente escapa a las reglas de la vida" y algunas páginas ciertamente profundas y logradas de Jorge Valdano, filósofo y exfutbolista argentino radicado en España. Otra sección del libro recoge escritos dispersos sobre el fútbol en Colombia. Uno de ellos está tomado de Chapinero, vieja e irreverente revista *underground*, antecedente no muy mediato de Zoociedad y que hizo nuestras delicias en épocas universitarias. Hay otro texto muy divertido de Mario Mactas acerca de la ambigüedad erótica de los abrazos y besos tras un gol, unas crónicas de Ulises (Eduardo Zalamea Borda), un curioso texto de Bilardo y una requisitoria de don Guillermo Cano contra nuestro endémico complejo de inferioridad que se manifiesta a partir del deporte. Se destaca un penetrante y agudo estudio del padre Manuel Briceño Jáuregui acerca del curiosísimo lenguaje del fútbol, que recoge expresiones que pasamos siempre por alto pero que son tan ricas desde el punto de vista literario, como "lamer el travesaño" o llamar "cancerbero" o "cuidacáñamos" al portero o "la pecosá" al balón, o, cuando se habla del gol, "anidar la bola en la red" o "introducir el esférico por el rincón de las telarañas", o esta bellísima para el primer gol de un partido: "romper el celofán", o marcar "la primera diana". Son brotes de verdadera imaginación, cuando no pintorescos alardes poéticos, como aquellos del "Patito" Ríos: "la pelota pasó a un metro, veinte centímetros, cincuenta y dos milímetros y medio del marco defendido por...", o el muy modernista de llamar a la tarjeta amarilla la "acrílica hepática". ¿Y qué tal la "hecatombe" o la "debacle" cuando la defensa "hace agua por todas partes"?

Finaliza tan selecto recuento con una serie de variedades, donde hay, entre otras cosas, un homenaje, tras bambalinas, a los masajistas; otro —del filósofo Fidel Cano, columnista obviamente, de *El Espectador*— a los sufridos hinchas del Santa Fe, los mejores y menos retribuidos que existan; un lírico paseo por las playas de Pescadito, la gran cuna de los más humildes y mejores futbolistas de Colombia, del economista César Arizmendi; un breve recuento de la actuación colombiana en Italia 90 y las estadísticas completas de toda la historia del campeonato profesional colombiano. ¡Qué lástima la poca difusión de este libro! Ahí va, como casi siempre pasa, para codiciada futura pieza de colección...

LUIS H. ARISTIZÁBAL

"Clásicos" para todos y para pocos

Sor Francisca Josefa del Castillo

Elisa Mújica

Colección Clásicos Colombianos, núm. 18, Procultura, Bogotá, 1991, 126 págs.

Tomás Rueda Vargas

Alfonso López Michelsen

Colección Clásicos Colombianos, núm. 19, Procultura, Bogotá, 1991, 100 págs.

José María Vargas Vila

Consuelo Triviño Anzola

Colección Clásicos Colombianos, núm. 20, Procultura, Bogotá, 1991, 107 págs.

Gabriel García Márquez

Martha Canfield

Colección Clásicos Colombianos, núm. 21, Procultura, Bogotá, 1991, 129 págs.

Uno no puede dejar de preguntarse, ante una colección de "Clásicos Colombianos", a quiénes está dirigida y quiénes son los "clásicos". Esa doble pregunta entraña otros interrogantes: ¿estamos ante una colección de crítica literaria? ¿Ante una obra de divulgación? ¿Ante unos textos ensayísticos que incluyen una antología del "clásico"? ¿La antología es autónoma o sirve de apoyo al texto ensayístico?

¿Qué se proponen quienes figuran como autores?



Planteadas la reflexión, volvamos al doble cuestionamiento inicial y empecemos por lo concerniente a los destinatarios de la colección. En un párrafo que hallamos en la contraportada de cada número (es decir que es un párrafo que se ha repetido 25 veces, dato que sirve de indicativo de la claridad que Procultura tiene al respecto) podemos leer: "Esta iniciativa está dirigida principalmente a estudiosos y a estudiantes por su contenido claro, conciso y ameno, con una decidida vocación didáctica". La diferencia que existe entre estudioso y estudiante parece ser de grado: los primeros se dedican, se han consagrado, al estudio de uno o varios de estos "clásicos" y sus obras, son investigadores, profesores de literatura (eventualmente de filosofía, sociología u otras "ciencias humanas" afines), intelectuales y otros sinónimos; los segundos estudian ocasionalmente a los "clásicos", ocasión que seguramente les viene por sugerencia o mandato de los primeros: son alumnos de secundaria (los estudiantes universitarios —se entiende: de literatura, filosofía, etc.— sólo por interés ajeno al estudio que les es propio leerían unos autores que deben —si forman parte del currículo— leer en las fuentes). Resumiendo: para Procultura hay dos destinatarios: los intelectuales y los alumnos de secundaria. Dos niveles tan distintos de recepción ameritan una glosa: los volúmenes de la colección Clásicos Colombianos ofrecen, en su intención editorial, un doble interés: el bibliográfico, que

debemos entender como "aparato crítico" dentro de un —obvio— mayor conocimiento del respectivo "clásico", y el divulgativo, dentro del cual el alumno de secundaria, por supuesto, no lee a Elisa Mújica sino a la madre Castillo y los datos que de ésta necesita para dar bien la lección; en este sentido, Elisa Mújica es una guía para la lectura de la madre Castillo, no la autora de un texto sobre ella.

En el párrafo mencionado de contraportada encontramos también el presupuesto de la claridad, concisión y amenidad de los textos, es decir, los elementos necesarios para una fácil lectura, lo cual se aviene con la "decidida vocación didáctica". Pasando por alto el hecho de la variedad de tonos y discursos que los diversos volúmenes de la colección han presentado, y reconociendo el valor universal de la claridad, la concisión y la amenidad en la lectura, hay que recordar que los estudiosos, el primer grupo de destinatarios de la colección, no leen un texto didáctico; leen otras cosas, o simplemente, en el peor de los casos, coleccionan datos adicionales sobre su objeto de estudio.

Así las cosas, pareciera, tan sólo prejuzgando una intención editorial, que la colección está pensada básicamente para los alumnos de secundaria. Está pensada. Qué números de la colección cumplen ese propósito no ha sido, aparentemente, responsabilidad de los distintos autores. La ambigüedad prevalece desde el origen de la colección. Ahora bien: es obvio, leídos los textos que la conforman, que no todos son "recomendables" para alumnos de secundaria, y la censura tiene que ver con su nivel de didactismo, con el secreto —¡el enigma!— de la virtud pedagógica. La ambigüedad, por otra parte, comienza a resultar sospechosa si pensamos en el precario tiraje que tienen estos libros que han sido "pensados" para un público lector tan vasto.

Por fin: ¿quién podrá o querrá leer estos libros? Por ahora, se confirma que existe un tipo de lector-reseñista, que sólo bondadosamente podemos asimilar a la categoría de los estudiosos. Dado que hemos estado indagando el carácter de la colección como tal, como conjunto, sin hallarle uno,